

Según rumores inciertos alimentados por las mujeres de mi familia, yo no quería nacer. Oh, no, mi bien, tú estabas la mar de feliz en el seno de tu madre, decían, descansando en las aguas del útero y sin más obligaciones que contigo mismo, feliz en la ignorancia del mundo frío que había fuera, cuando la noche del 23 de mayo de 1914, el año de la desgracia, a tu madre le entró un ataque de risa. No es que lo sucedido le pareciera divertido, pero el médico de cabecera, un tal doctor Wehmut, un pariente que se estaba quedando calvo y tenía pelos en las orejas, le había aconsejado reír, aunque no con ganas, como si hubiera oído algo gracioso, sino para relajar la tensión abdominal. Siguiendo este consejo ya un tanto anticuado, se puso a reír —se contaba— a carcajadas y me expulsó al frío mundo que antes mencionaba con la cabeza por delante; en este instante, la abuela Fanny, una mujer diminuta y algo supersticiosa, se precipitó en el dormitorio de los padres —por aquel entonces, la gente, también yo, nacía en la privacidad de un hogar burgués— y exclamó agitando los brazos:

—Aguanta, aguanta un poquito, Elsa. Mañana 24 es domingo, haz que nazca en domingo y tenga buena estrella.

Así que me retiré hasta que llegó el domingo. Al fin hice mi entrada en escena, un niño regordete, impertinente de pies a cabeza, como muchos otros, como millones de bebés, engendrado como por obra de un misterio, una ricura que en ese preciso instante se deslizaba en el mundo frío. Me abstendré aquí de entrar en los repulsivos detalles médicos, salvo el de que casi muero estrangulado por el cordón umbilical, que tenía enrollado al cuello; baste decir que me lavaron y que la abuela Fanny me sostuvo en alto, tras lo cual mi madre, que estaba extenuada, preguntó llena de ilusión:

—¿Es una niña?

Fanny me levantó aún más, me examinó y dijo:

—Mecachis, no —y añadió con su agudeza natural—: Después de todo, solo hay una posibilidad entre dos.

(En aquellos días de inocencia, en todo Budapest no había más que un homosexual, que se paseaba por la ciudad con un atuendo rosa del siglo XIX: con el rostro muy maquillado, andaba ufano por la gran avenida a lo largo del río.) La abuela Fanny me dejó entre los pechos de mi madre, mientras yo, algo precoz, empezaba a expresar mis inclinaciones a fuerza de mover brazos y piernas contra ella y contra el mundo. Instructiva como suelen serlo las abuelas, prosiguió:

—Es domingo por la mañana, 24 de mayo. En otras palabras: astrológicamente hablando, es géminis, el único signo del zodiaco con dos caras, una buena y otra mala.

Lamentablemente, tenía razón: soy un tipo malicioso. Enmascarado tras esa gentileza de ojos azules, en el ardor de la noche, bebo sangre.

Entonces se acercó de puntillas, en pijama y con una sonrisa afable, mi hermano Paul, seis años mayor que yo y un poco bizco del ojo izquierdo.

—¡Felicidades, mamá! —dijo radiante—. Ya está, ya no soy el único. Ah, si es un niño. —Le brillaban los ojos de felicidad—. ¿Puedo cogerlo?

Mi madre, profundamente enternecida, contestó:

—Claro que sí, pero con cuidado.

Alzado en sus brazos, instintivamente le di un manotazo en la nariz, a lo que él, sin dejar de sonreír, me abrazó con fuerza y anunció:

—Voy a tirarlo al Danubio.

Eché a correr por el piso. Tras unos segundos de pánico, la abuela Fanny salió gritando tras él y dio alcance al casi asesino en la puerta de casa, que él trataba de abrir.

—¡Déjalo en su sitio! —exclamó.

—No lo entiendes —contestó mi hermano, un intelectual ya formado pese a sus seis años de edad—. Moisés, el de la Biblia, cuando era niño fue arrastrado por la corriente de un río.

—¡No metas a Moisés en esto!

Tras una breve refriega, me liberaron de los brazos de mi hermano y volvieron a dejarme en lugar seguro, sobre mi madre, que estaba pálida. No fue hasta pasados unos años cuando comprendí que uno no se libra nunca de la familia.

No he dicho nada de la tercera mujer que sofocó mi más tierna infancia: Alma von Olmütz. Era lo que en nuestro hogar, bilingüe, se denominaba *Kindermädchen*, una niñera en alemán. En aquel entonces todas las familias que se preciaban mandaban venir a una chica, preferentemente de clase baja y oriunda de un territorio remoto del Reich, para que cuidara de los niños. Alma von Olmütz era una mujer escultural y, por seguir con la aliteración, descocada y de escasa estatura, dueña, de cadera para abajo, de unas piernas extremadamente torcidas, creadas para acoger entre ellas a un gran número de los habitantes masculinos del mencionado Reich. En un uso moderno del idioma la calificaríamos —no sé si decirlo— de obsesa sexual. Vivía con nosotros en una

habitación que salía del pasillo anterior. Por las mañanas me lavaba y me vestía mientras cantaba, sin mucho oído, la canción «Komm in meine Liebeslaube» [Ven a mi nidito de amor], cuyo significado se me escapó durante muchos años. Su principal tarea consistía en salir conmigo a pasear por los jardines del cercano Museo de Historia Natural. Allí se encontraba sin falta con su apasionado amante, Ottokar, un conductor de tranvía alto, encorvado, con unos bigotes que le nacían debajo de la nariz y se curvaban hacia arriba. Se sentaban en un banco, suspiraban y se metían mano. Cuando llegaba la hora de irse, Alma desligaba entre escalofríos las partes de su anatomía de las de él y susurraba:

—Tengo que irme.

—Todavía no.

—Nos vemos mañana.

—No podré esperar.

Etcétera. Un último abrazo, un poco más de magreo por aquí y por allá, y Alma se separaba de él para recogerme a mí, que había desaparecido. Gritaba mi nombre, silencio. Cruzaba por entre los álamos, no me encontraba por ninguna parte, daba por supuesto que me había marchado a casa, corría tras de mí completamente desesperada, se precipitaba escaleras arriba hasta el tercer piso del antiguo palacete, y resulta que yo no estaba. Seguida por mi madre, que sufría lo que no está escrito, y por mi abuela, regresaba a toda prisa al Museo de Historia Natural, donde todas gritaban mi nombre e iban y venían cruzando árboles y arbustos. A la abuela, que jadeaba como si quisiera ganar el Giro de Italia, estaba a punto de fallarle el corazón cuando al final me descubrían sentado tranquilamente entre las piernas de un tal János Arany, un poeta del siglo XIX cuya estatua se erguía delante del museo.

—¿Qué haces aquí? —gritaba mi madre.

—Estoy sentado —contestaba yo.

¿Qué otra cosa iba a decir? En lugar de disculparme, dejaba las cosas claras: estaba sentado a los pies de un poeta.

Mi último recuerdo de Alma —algunos años más tarde, yo debía de tener ocho, cómo pasa el tiempo— fue la mesa de la cocina sobre la que se sentó para envolverme con sus piernas rollizas. Sentí cómo su cintura palpitaba en mi cuello, con la mano derecha me frotaba la entrepierna, su blusa ondeaba y me restregaba la cara, de su boca salían exclamaciones extrañas como «Oh, mi querido Augustin», cuando, llegados a cierto punto, sentí una tensión singular, seguida inmediatamente de una ingrata relajación. Mi madre salió de su habitación y, tras dar unos pocos pasos, dijo:

—¡Parad inmediatamente!

Alma me soltó, le enseñaron dónde estaba la puerta y desapareció para siempre, mi primer amor, Alma von O.